



DON MANUEL DE MIER Y TERAN

Fué un jefe que á diferencia de muchos otros, se lanzó á la revolución con entera buena fe y no con ánimo de medrar ni de alcanzar grados ú honores que en aquella lucha sin cuartel venían á ser frisorios.

Era nativo de Tepeji del Río, perteneciente á la provincia de Puebla, donde nació por los años de 1783 á 1786, y procedía de una familia distinguida y bien acomodada que procuró cultivar sus aptitudes y darle una brillante educación; ingresó al Colegio de Minería, donde hizo sus estudios hasta terminar su carrera, y en seguida resolvió pronunciarse por la Independencia, como lo hizo, en principios del año de 1812, en que tantas personas salieron de las ciudades para engrosar las filas independientes.

La primera vez que la historia hace mención de él es en Tlalchapa, cuando llegó allí fugitiva la Junta soberana de Zitácuaro, en Enero de ese año; Terán, que entonces tenía el grado de Teniente Coronel, reunió á los dispersos y fundió artillería en unión de Don Ramón Rayón, que llegó con aquella. Hablándose disuelto la Junta y salido de Tlalchapa, Terán se dirigió á incorporarse al ejército de Morelos, que por entonces se hallaba ocupado en Cuautla; quedó en la división de Bravo (Miguel), y de Matamoros, que expedicionaban por las cercanías de la plaza sitiada; pasó con este último á Tehuacán, donde pudo apreciar las condiciones estratégicas del lugar y se

ocupó en fundir artillería, de que estaba necesitado el jefe insurgente. Permaneció en aquella población organizando y equipando el ejército pocos meses, hasta que se decidió el ataque de Oaxaca, (Noviembre de 1812), en el cual tomó parte Terán á las órdenes de Don Antonio Sesma; el fortín de la Soledad fué desecho á cañonazos por aquél y ocupado por los insurgentes, con lo que terminó la defensa de la plaza, pues Terán colocó rápidamente un cañón enfilando las calles de la ciudad y obligando á huir á los últimos realistas. Durante ese asalto, Morelos se puso á almorzar tranquilamente cerca de la batería, y hubo ocasión en que las balas enemigas pasaron tan cerca de él que tuvo que apartarse á un lado, pero sin retirarse ni dar muestras de temor.

En el Obispado estableció Mier y Terán la maestranza, en la que se dedicó á componer el armamento y la artillería, tarea que se desempeñó á conciencia, pues había tiempo suficiente, elementos sobrados y una acertada dirección. Terminados los trabajos preliminares de la maestranza algunos meses después y cansado Terán de la inactividad en que vivía, pasó á campaña y fué enviado por Rocha, Comandante de Oaxaca, á la Costa Grande, donde mandaba Guerrero, y en la que acababa de ser batido Sesma; rechazó al enemigo en el trapiche de Santa Ana el 16 de Agosto de 1813, se apoderó del pueblo de Tututepec y siguió persiguiendo á los realistas, pero la reacción que se declaró en Ometepepec lo obligó á detenerse. Por orden de Morelos es situado en Huajuápam, retrocediendo de Chilpancingo, mientras se hacía la campaña sobre Valladolid, y terminada ésta, se le mandó que reconociese como Comandante de la provincia á Rayón y que organizara un Cuerpo de infantería para cubrir por aquella parte los límites de la provincia; cumplió con actividad su cometido y pronto tuvo ocasión de felicitarse por ello, pues Alvarez se dirigía con una división sobre Oaxaca y seguía el camino de Huajuápam; vió desaparecer ese ejército á causa de los desastrosos de Rayón, y como éste se hu-

biese manifestado presa del pánico ante la persecución que le hacía Hevia y tuviera resuelto pasar á Zacatlán, Terán se separó de él é hizo que sus hermanos, Don Joaquín y Don Juan, hiciesen otro tanto.

Quedó Don Manuel á las órdenes de Rosains, nombrado por el Congreso Comandante de las provincias de Oriente, y por cierto que esta dependencia le pesó mucho, según dice en su manifiesto, pues su nuevo jefe tenía un carácter feroz y nada á propósito par tratar con él. Continuó expedicionando por la Mixteca y contribuyó á que su nuevo jefe se fortificase en el Cerro Colorado; tuvo ocasión de poner en libertad al Dr. Herrera, que iba á ser víctima de Rosains, y en Silacayoápan derrotó á Alvarez (27 de Julio de 1814), quitándole dos cañones, hecho de armas que le valió el grado de Coronel; Alvarez tuvo que levantar el sitio de Silacayoápan y fortificarse en Teposcolula. Con varia fortuna continuó á las directas órdenes de Sesma y á las superiores de Rosains, al que sacó de un apuro en que por la hostilidad de Arroyo se encontraba en Coyotepec.

Hasta entonces y aun algunas semanas después, sirvió fielmente al delegado del Congreso de Chilpancingo, pero eran tantas las atrocidades que cometía, que ningún jefe insurgente quería ya obedecerlo ni menos servir bajo sus órdenes, causando serios perjuicios á la causa; hasta se trató de quitarle la vida, de lo que se habló en una junta á que todos ellos, menos Rosains, asistieron, pero Terán logró disuadirlos de llegar á este extremo y prometió nulificarlo, como lo hizo. Vuelto á Tehuacán hizo prender á aquél y lo envió á Veracruz, de donde consiguió fugarse é induitarse, y Terán quedó como Comandante de Tehuacán y jefe de los insurgentes de ese rumbo. Entonces fué cuando la personalidad del Coronel insurgente adquirió relieve y fama y cuando demostró que Morelos lo había juzgado bien considerándolo como el jefe más distinguido que había quedado á la revolución.

Fortificó el Cerro Colorado hasta dejarlo en magníficas condiciones de defensa, orga-

nizó su ejército, creó el nuevo batallón Hidalgo perfectamente armado y disciplinado, arregló la hacienda pública del Distrito de Tehuacán y de la Sierra de los Mixtecas, estableció una gran maestranza que lo proveerá de abundante parque y cañones; no dejó en muchos meses á los realistas acercarse á su Distrito é hizo diversas correrías con buen éxito. Su prestigio era tan grande, que el Congreso de Chilpancingo, cuando se vió perseguido en el Sur, no encontró lugar mejor donde refugiarse que en Tehuacán al lado de Terán y al efecto se trasladó para allá emprendiendo un pesado viaje que fué causa de que Morelos fuese hecho prisionero. Llegaron á Tehuacán de las Granadas el 16 de Noviembre de 1815, aunque se les recibió con bastante cordialidad, Terán comprendió que aquella remisión de clérigos y abogados que creía representar la soberanía nacional, acostumbrada á disputar y que había sido causa de la ruina de Morelos, no iba á causarle más que males; así es que aunque en la apariencia recibió bien á los diputados, en realidad desde que supo que se acercaban, empezó á urdir en su imaginación los medios de deshacerse de ellos. Sin embargo, le repugnaban los escándalos y las medidas extremas buscó la manera de hacerlo todo lo más pacíficamente posible y aprovechando la rivalidad que se declaró entre las diversas tropas allí reunidas, organizó un cuartelazo y disolvió el Congreso el 14 de Diciembre de ese año; se organizó en su lugar una junta de gobierno integrada por el mismo Terán, Alas, presidente del disuelto Congreso y Cumplido. Muchos jefes como Osorno, quedaron conformes, y otros como Victoria y Guerrero, no reconocieron á la Junta; los diputados emigraron ó se indultaron y hasta Alas y Cumplido salieron de Tehuacán; el inspector de hacienda que fué uno de los causantes del motín también se vió obligado á dejar la población, y Terán quedó como el jefe más caracterizado que tenía la revolución pues aun cuando estaba libre Rayón, ya estaba muy desacreditado y casi ni tenía ejército ni partidarios.

Muerto Morelos y no quedando grandes reuniones de insurgentes, la atención de los

realistas se fijó en los jefes más importantes y naturalmente en Terán, que desde entonces fué el blanco de frecuentes ataques; en los días que llegó en congreso á Tehuacán, iba á dársele el primero por las fuerzas conspiradas de Barradas y Lamadrid, pero habiéndolo sabido aquél se adelantó y batió en la hacienda del Rosario al primero, obligándolo á retirarse. Para hacer más sólida su posición fortificó á Silacayoápan donde Sesma había mandado y el cerro de Santa Gertrudis en la Mixteca, en el que fué rechazado Samaniego, comandante realista de Huajuápan, ayudado por Don Juan Terán que llegó á reforzarlo. Por aquellos días Don Manuel dió una muestra de su rectitud, mandando procesar á su hermano el mencionado Don Juan porque no evitó que su fuerza hiciera algunos desmanes en el pueblo de Tepejillo. Fiallo, que apareció como único responsable, fué castigado y esta circunstancia infuyó mucho en la moralización de la tropa insurgente de Terán.

En Febrero de 1816 disputaron él y D. Juan el paso á un gran convoy, que venía de Oaxaca, en la cañada de los Naranjos; trabóse un tan largo y reñido combate que el realista Lamadrid aseguró "que jamás había visto á los rebeldes batirse con tanta decisión;" consiguió forzar el paso pero perdiendo bastantes cargas. Con las guarniciones de Huajuápan también tenía frecuentes colisiones y cada día se iba haciendo más y más difícil su posición y las municiones le escaseaban, principalmente el plomo, no obstante la mina de Zapotitlán que con mucho costo trabajaba. Acogió, pues, con verdadera satisfacción á Robinson, aventurero norteamericano que logró entrar por la Boquilla de Piedras y que iba á proponerle la venta de una partida de armas; convenida la compra de cuatro mil fusiles, la dificultad estaba en hacerlos llegar á Tehuacán, pues Victoria exigía el pago de un derecho de tránsito. Terán para librarse de él decidió apoderarse de Coatzacoalcos, que creyó el más á propósito, y para ocuparlo emprendió una larga y desastrosa caminata por un país lleno de inmensos bosques y caudalosos ríos, desconocido, y en la época menos oportuna

para atravesarlo por los tropicales chubascos ue empezaban á caer. El 17 de Julio se emprendió la marcha con una división de 400 hombres, que sufrieron infinidad de trabajos y que enfermaron casi todos por la falta de alimentos y por los pantanos del camino; se apoderó de los almacenes que el comercio había construido á orillas del río Playa Vicente; atacado rudamente allí, fué derrotado y decidió regresar á Tehuacán pero antes derrotó á Topete, no obstante que éste llevaba tropa del país y descansada, y consiguió á fin entrar en esa población el 22 de Septiembre después de un viaje de sesenta y ocho días en el que no logró el fin que se proponía; y perdiendo á su teniente Miranda que cayó prisionero de Topete y una buena parte de su tropa.

Aunque de Puebla, Oaxaca y Veracruz se movieron fuerzas sobre Terán y sobre sus atrincheramientos, la oportunidad y precisión con que acudieron á defenderlo, su mencionado hermano D. Juan y otros jefes, hizo que después de lo de Playa Vicente ninguno interrumpiese su camino ni se perdiese el cerro fortificado de Santa Gertrudis. Robinsón cayó prisionero y después de una larga prisión fué enviado á la Habana; y á España donde se puso en salvo y se ocupó de los trabajos que había pasado, escribiendo una "Historia de la revolución de México," que contiene bastantes inexactitudes; Galván, que había permanecido embarcado y tuvo orden de llevar los fusiles á Coatzacoalcos, abanderó su goleta "La Patriota" con pabellón mexicano, apresó á la española "Numancia" y cuando supo la retirada de Terán se dió á la vela temeroso de ser apresado por un bergantín español que había salido en su persecución.

Osorno perseguido en los llanos de Apam había ido á refugiarse á Tehuacán mientras Terán estaba en la expedición y desde luego se propuso utilizar los quinientos caballos que aquél llevaba, haciendo atacar al nuevo Virrey, Don Juan Ruiz de Apodaca, acabado de llegar y que se encontraba en la hacienda de Vicencio; sin lo oportuna llegada de Márquez Donallo las tropas que acompañaban al nuevo gobernante habían sido

totalmente derrotadas. Pocos días después (Octubre) para no ser atacado por los realistas salió á su encuentro consiguiendo hacer retroceder al mismo Márquez; en seguida emprendió una expedición más formal para instalar á Osorno en los Llanos, pero imposibilitado de mover la caballería que tenía, se vió derrotado en las lomas de Santa María por Morán, perdiendo algunos soldados y varios entendidos oficiales, entre ellos un pariente cercano, del Conde del Alamo que iba con Morán. El resultado fué que muchos insurgentes, como Vicente Gómez, se indultaran; sin embargo, Terán para recobrar el crédito perdido atacó al convoy de Samaniego, pero la fortuna ya no estaba con él y se vió derrotado y obligado á encerrarse en Tehuacán; aunque pocos días después batió en Ixcacuitla á Lamadrid, esta ventaja no compensó el desastre anterior y cada día se iba haciendo la posición del jefe insurgente, más angustiosa.

Vióse su hermano Don Juan obligado á abandonar á Atexcatl y Don Manuel emprendió una serie de maniobras que pusieron en cuidado á Obeso, realista que se había situado en Teotitlán para empezar el sitio de Tehuacán; derrotó á éste y vió ante sí abierto el camino de Oaxaca, pero no pudiendo ponerse en marcha sobre la ciudad por carecer de la gente suficiente, dió lugar á que Obeso se rehiciese y á que Bracho adelantase por Tlacotepec para atacar el asilo de Terán y á que cortase á éste del Cerro Colorado, obligándolo á encerrarse en el Convento de San Francisco. Tres veces fueron rechazados los realistas de las escaleras en los combates cuerpo á cuerpo que se entablaron; Terán trató de salir pero la caballería lo abandonó y él para no dejar á la infantería resolvió defenderse hasta el último momento, pero faltándole municiones entró en parlamentos con los enemigos. Terán pidió pasaporte para el extranjero, salvó á los desertores realistas que Bracho quería se le entregasen á discreción y se comprometió á entregar la inexpugnable fortaleza de Cerro Colorado como lo verificó el 21 de Enero de 1817; pocos días después de la rendición de Cópero.

La capitulación, aunque desaprobada, se cumplió menos en la parte que se refería á su salida de la colonia, pues se le negaron los fondos y el pasaporte para irse al extranjero; no quiso aceptar el empleo que se le daba y fué á ganar como escribiente de un particular un peso diario en Puebla; Rosains por esta razón lo llamó "pordiosero en Puebla," pero Terán respondió con razón que valía más descender de coronel patriota á pordiosero, á teniente coronel realista, como se le había ofrecido. Acusado de traidor por haber capitulado supo vindicarse del cargo, sin embargo, esa capitulación fué causa de que no se le declarase benemérito de la patria. Aunque se negó á publicar una proclama favorable á la causa real escribió á varios insurgentes, y ya sea porque los convenciese, ya porque aquellos estuviesen cansados, es lo cierto que á poco se indultaron los Osorno, Vázquez Aldana, Espinosa, Manilla y otros muchos, y Llano, gobernador de Puebla, pudo decir al Virrey que los veintidos partidos de su jurisdicción estaban pacificados.

Terán permaneció en actitud tranquila hasta 1821 en que proclamado en plan de Iguala la revolución se hizo imponente, y muchísimos de los antiguos insurgentes se unieron á ella; en Mayo de ese año Terán se presentó á Bravo y quedó encargado de la artillería, concurriendo al sitio de Puebla que no fué ni largo ni sangriento; entró á México con el ejército trigarante y durante el imperio de Iturbide fué diputado al primer Congreso por Chiapas; no volvió á tomar parte en ninguna contienda armada y durante el gobierno del Poder Ejecutivo y del primer Presidente Victoria, fué Ministro de la Guerra de Marzo de 1824 á Enero de 1825 que entró Gómez Pedraza. Procuró organizar y disciplinar el ejército, dándole buen armamento, atender las fortalezas y desarrollar un vasto plan que nos habría dado una buena milicia. Fué á Jalisco como Comandante militar, pues se le quería alejar de México, y en 1827 se le nombró Comandante de las provincias internas las que recorrió completamente formando un atinado plan para su defensa y escribiendo como resul-

tado un amplio informe, poniendo de manifiesto la necesidad de atender esa región si se quería consercarla, pues los Estados Unidos las ambicionaban ya. Cuando la invasión española de Barradas en 1829 acudió prontamente á Tampico y ayudó á rechazar á los invasores. En las elecciones para presidente de la República en 1832 figuró como candidato á la presidencia pero fué derrotado por Santa-Anna. Enfermo de tristeza se volvió pesimista y al ver que se iniciaba una nueva revolución que amenazaba ser asoladora, creyó que había llegado el fin de la nacionalidad mexicana.

Encontrándose en Pad'lla, habitando en la misma casa donde había pasado Iturbide sus últimos instantes, dominado cada vez más por las ideas funestas que tenían trastornado su cerebro, puso fin á sus días el 2 de Junio de 1832, tras un paredón arruinado que había, arca de la iglesia de la villa: allí apoyó el puño de su espada contra una piedra y la punta del arma sobre su corazón, hizo un esfuerzo y quedó traspasado, vaciló un momento y cayó exhalando el último suspiro. Su cadáver fué velado sencillamente en el salón de sesiones del congreso de Tamaulipas, mismo lugar donde se decretó la muerte de Iturbide.

El historiador Don Lúcar Alamán que conoció y apreció al general Terán, dice lo siguiente sobre los últimos momentos de éste:

"El general Don Manuel de Mier y Terán, uno de los hombres más sensatos y de más profunda penetración que yo he conocido, á quien Morelos consideraba como el jefe de mayor importancia que en la insurrección quedaba después de preso el mismo Morelos, y que por haber hecho un papel muy principal entre los insurgentes, conocía bien á todos los jefes de aquella revolución y estaba más que nadie en estado de juzgar del espíritu y tendencia de ella; cuando, después de hecha la independendencia, sirviendo él el ministerio de la guerra y el que esto escribe el de relaciones exteriores é interiores, bajo el poder ejecutivo provisional en el año de 1824, tuvo principio en las inmediaciones de Puebla la feroz revolución de

Vicente Gómez, tan mal resistida por las autoridades de aquel estado, que se las creyó cómplices en ella, la que era de temer se generalizase con el mismo estímulo y medios que la insurrección de 1810, me decía: que se llenaba de terror cuando consideraba que podíamos volver á la atroz anarquía de los insurgentes, sin que existiese la mano fuerte del gobierno español, que ejerciendo con firmeza la autoridad, pudo sola librar á la nación de la ruina cierta en que iba á precipitarse, y ésta opinión estaba tan fuertemente arraigada en su ánimo, que cuando en 1832 creyó llegado el momento en que iba á verificarse esta disolución completa de la nación, su imaginación se poseyó tanto de esta funesta idea, que sin duda flaqueando su razón, lo precipitó al exceso de quitarse la vida por su mano."



DON JUAN MIER Y TERAN

Aunque no fué un jefe tan distinguido como su hermano Don Manuel, la constancia, el valor y los conocimientos de que dió pruebas Don Juan cuando sirvió á la causa de la Independencia lo hacen merecedor de que se le dedique un recuerdo siquiera sea pequeño.

De la misma procedencia que su hermano no hizo los estudios que él y vivía dedicado al cuidado de sus intereses cuando Don Manuel se afilió á la revolución; tanto por sus simpatías hacia esa causa cuanto por las molestias que le empezaron á causar las autoridades españolas, siguió el partido de la insurrección y se unió á su hermano, á cuyas órdenes sirvió casi durante toda la campaña. Sirvió á las órdenes de Matamoros y estuvo en la toma de Oaxaca, ocupándose allí en ayudar á instalar la maestranza; fué á la campaña de la Mixteca y reconoció el cerro de Santa Gertrudis, que después había de fortificar. Rayón, en el poco tiempo que tuvo mando en el Oriente, apreció á Don Juan por sus dotes y subordinación, y Rosalís, por su parte, también le tuvo bastantes miramientos, no obstante su carácter intolerable. Sin embargo, no pasó de ser un jefe subalterno y en realidad no empezó á distinguirse sino hasta que Don Manuel quedó con el mando único de las fuerzas insurgentes en Tehuacán y las Mixtecas.

Contribuyó á disciplinar el ejército, á fabricar cañones y á establecer orden en la hacienda, al mismo tiempo que hacía excursiones por diversos puntos; ocupó á Si-

Iacayoacan cuando Sesma dejó de mandar allí, y en seguida fortificó sólidamente Santa Gertrudis; dirigió la expedición afortunada contra Samaniego, y como tenía el carácter de Comandante de ella, se vio procesado por los desórdenes que autorizó su segundo, Fiallo, que fue castigado. En la cañada de los Naranjos atacó el convoy de Oaxaca, (Febrero de 1816), logrando quitarle bastantes cargas. Durante la desgraciada expedición á Coatzacoalcos, emprendida por Don Manuel, quedó Don Juan mandando en Tehuacán, y con sus disposiciones obligó al realista Castro á que se retirase de las cercanías de Teotitlán y lo desalojó de Coscatlán, reduciéndolo á la impotencia y consiguiendo con esto que Don Manuel no tuviese dificultades á su regreso.

En otras ausencias de su hermano también tuvo el mando de Tehuacán, y cuando las derrotas de los insurgentes empezaron á ser frecuentes, salió á expedicionar para evitar el ataque de la población, y en Diciembre de 1816 se encontraba en Tepeji cuando fué sitiado por el realista Hevia con fuerzas superiores: se defendió valientemente, pero al fin tuvo que ir disminuyendo la defensa hasta quedar reducido al convento, del cual pudo salir la noche del 5 de Enero de 1817, perdiendo su artillería; unido á su hermano aún consiguieron derrotar á Obeso y abrirse el camino de Oaxaca, camino que no se pudo seguir por ser pequeño el ejército y por amenazar Bracho á Tehuacán; Don Manuel Terán, comprendiendo que no podría ya sostenerse en la población, determinó refugiarse en la fortaleza del Cerro Colorado y envió á su hermano Don Juan por delante; pero los realistas obraron con actividad y rodearon ambos puntos, que ya no pudieron comunicarse. Mientras que en Tehuacán Don Manuel se veía estrechamente sitiado, en el Cerro el Comandante Rodríguez notó que la oficialidad daba muestras de indisciplina; para evitar mayores males reunió una junta de guerra, la que dió el mando á Don Manuel Bedoya; Rodríguez y los dos Terán (Don Juan y Don Joaquín), de quienes se des-

confiaba, se sometieron á sus órdenes ofreciendo servir de soldados en el punto que se les designase.

Tomadas las disposiciones para la defensa, se recibió un oficio de Terán haciendo saber su capitulación y la necesidad de que también se rindiese el fuerte; estalló entonces el desorden y muchos oficiales huyeron, llevándose la mayor cantidad de parque que pudieron; otros se embriagaron y Bedoya sólo pudo disponer de cien hombres, que puso á las órdenes de Don Juan para que fuesen sobre Tehuacán en auxilio de Don Manuel si aún era tiempo; pero muchos se desertaron, otros iban ebrios y sólo consiguieron ser desarmados; los oficiales quedaron libres y Don Juan, aunque no estaba comprendido en la capitulación, disfrutó de los beneficios de ella y quedó en libertad, dirigiéndose á Puebla, donde pasó el resto de su vida sin volver á mezclarse en los asuntos públicos. El Cerro Colorado se rindió sin necesidad de capitulación, y sus defensores no fueron perseguidos, pues Bedoya alegó que lo entregaba en virtud de las órdenes de Terán.

DON JOAQUÍN DE MIER Y TERÁN, el más joven de los hermanos Terán, fué el que menos ocasión tuvo de distinguirse durante la guerra; sin embargo, fué un constante insurgente que con carácter subalterno se encontró en veintiséis acciones de guerra. En Octubre de 1815 se defendió valientemente en Teotitlán y en el fortín del Cerro del Campanario, con ciento treinta hombres contra toda la división de Alvarez; consiguió rechazarlo y quedó sitiado por algunos días hasta que su hermano Don Manuel acudió en su defensa. Quedó en Tehuacán cuando el viaje á Coatzacoalcos, y se encontraba en el Cerro Colorado al ser atacado Tehuacán; como su hermano Don Juan, dió muestras de desprendimiento y disciplina durante el motín, y se rindió cuando Bedoya entregó la fortaleza. Retirado á Puebla vivió aún muchos años al lado de su familia y desempeñó un insignificante empleo en el Gobierno de aquel Estado.



DON CAYETANO PEREZ

El nombre de este insurgente, estamos seguros que no despertará ni un recuerdo, aun en la tierra donde nació y donde dió su vida en aras de la causa nacional, ¡tan poco así es conocido!

La provincia de Veracruz fué una de las últimas donde prendió el fuego de la insurrección, no obstante que desde Septiembre de 1810 envió Allende emisarios que hiciesen despertar á sus habitantes del letargo en que se encontraban; sin embargo, no porque fué de las últimas en declararse por la Independencia, sus caudillos fueron menos valerosos, y desde mediados de 1811 empezaron á operar en su territorio diversas partidas de insurgentes, y bastantes pobladores del puerto les demostraron prácticamente su simpatía.

Entre los de esta clase se contaba el joven Don Cayetano Pérez, empleado en la Contaduría de la Real Hacienda, bastante joven y lleno de entusiasmo por la Independencia que insensiblemente entró en relaciones y trabó amistad con Don José Mariano de Michelena, uno de los principales conspiradores de Valladolid en 1809 y que se encontraba en tan rigurosa prisión en los calabozos submarinos de Ulúa que el mismo Gobernador del castillo, movido á compasión, solicitó y obtuvo sacarlo de allí y alojarlo en la habitación del ayudante, bajo la responsabilidad de éste. Dicha translación le proporcionó la ocasión de entrar en comunicación con varios oficiales de la guarnición, á algunos de los cuales co-

nocia ya, y las conversaciones que tuvo con éstos fueron á recaer en los sucesos públicos, y naturalmente en la guerra que asolaba al país; sin darse cuenta cómo, empezaron á conspirar y á pensar en los medios de apoderarse del castillo, de la plaza y de los buques surtos en el puerto.

Sentían todos ellos la necesidad de dar á la revolución otro rumbo muy diverso del que seguía, haciendo cesar los desórdenes que la desacreditaban, y convenido en esto llegaron á contar con la cooperación del Comandante de artillería Don Pedro Nolasco Valdés y del joven Pérez, que estaba muy bien relacionado en la plaza: este último, con algunos compañeros, se haría dueño del muelle y de los baluartes y se aprovecharía un día que hubiese Norte para que los buques no pudiesen hacerse al mar y cayesen en manos de los conjurados.

"La conspiración fué conducida con torpeza, dice Alamán, como que todos eran nuevos en este género de manejos;" fué descubierta y Pérez quedó preso el 18 de Marzo de 1812. La causa se instruyó con el mayor empeño, pues lo tenían en que se hiciese un escarmiento los comerciantes europeos, algunos de los cuales concurren á formar el Consejo de Guerra en su calidad de Capitanes de las Compañías de patriotas; ese Consejo ó comisión estaba presidida por el Brigadier Moreno Daoiz, recientemente llegado de España. Don Cayetano Pérez se portó heroicamente, pues siendo el único que tenía toda la clave de la conspiración nada quiso declarar, con lo que salvó á Michelena, á Valdés y á algunos otros: resultaron, sin embargo, complicados, Don José Evaristo Molina, Don Ignacio Murillo, Don Bartolomé Flores, Don Nicasio Arizmendi y Don Prudencio Silva, todos los que, en unión de Pérez, fueron sentenciados á muerte. Molina, creyendo salvarse, multiplicó sus acusaciones contra Michelena y otros, pero ninguna pudo probar.

Michelena fué despachado á España con Merino y otros en la primera oportunidad que hubo, y los sentenciados á muerte empezaron á tentar toda clase de recursos pa-

ra librarse de tan terrible pena. Acababa de llegar al puerto correspondencia de España, entre la que venía el decreto de las Cortes concediendo una amnistía con motivo de haber sido proclamada la Constitución, y aunque por no haberlo mandado el Virrey no se había publicado en el puerto, es lo cierto que ya regía, y de ello se valió la madre de Don Cayetano Pérez para pedir al Gobernador que suspendiese la ejecución; además, hizo valer la circunstancia de que no tardaría en publicarse allí el decreto, y la de que estaba próximo á llegar con un convoy el General Don Ciríaco del Llano, el cual al regresar á México podía llevar la sentencia y la solicitud de indulto para que resolviese conforme á las leyes, en cuya demora no había inconveniencia, continuando los reos con las mismas precauciones con que se les había tenido desde Marzo, aherrajados con fuertes barras de grillos. Fueron vanas todas estas súplicas ó instancias; el Gobernador de la ciudad, más que á los insurgentes, tenía miedo al comercio español, que era omnipotente en el puerto y que exigía que se hiciese un castigo ejemplar con los criollos insurgentes; para no chocar con él ni exponerse á promover un alboroto contra su propia persona, Don Juan María Soto, que así se llamaba el Gobernador, con las lágrimas en los ojos declaró al hermano de Pérez que nada podía hacer ni aun para demorar por unos cuantos días más la ejecución de las sentencias dictadas.

Así, pues, la ejecución de Don Cayetano Pérez y de sus compañeros Molina, Murillo, Flores, Arizmendi y Silva, se llevó á cabo en la tarde del día 29 de Julio de 1812, mismo día en que el convoy que conducía Llano, y en el que la madre de la víctima tenía tanta esperanza, entraba á Santa Fe, lugar situado á muy poca distancia del puerto. Por decreto del Congreso del Estado de Veracruz, dictado el 6 de Enero de 1827, se colocó en el salón de Cabildos del Ayuntamiento de la ciudad, una inscripción recordando el suceso y haciendo plena justicia al joven Don Cayetano Pérez, por su patriotismo y entereza.



DON PEDRO MORENO

La causa de la Independencia tenía que triunfar por ser una causa justa. Sólo así se explica que tuviese tantos simpatizadores y que apenas caído un caudillo se levantase otro y otro y ciento, sin importarles la suerte que sabían que les esperaba, ni las consecuencias que para sus familias y más caros afectos ocasionaría su resolución. Si al principio de la guerra ó sea en los tres primeros años de ella las probabilidades del triunfo de los insurgentes fueron numerosas, por los grandes ejércitos que se conseguían levantar con facilidad, y por la presencia de valientes y prestigiosos caudillos que sabían llevar sus huestes á la victoria, en los años siguientes esas probabilidades se hicieron más remotas, y sin embargo, no llegaron á faltar hombres de todas las clases y condiciones sociales que llenos de fe fueron á ocupar el lugar de los que habían caído en la contienda.

Entre éstos debe ocupar un lugar distinguido el guerrillero Don Pedro Moreno. Nació por el año de 1775 en la hacienda de la Daga, muy cercana á la ciudad de Lagos; sus padres, Don Manuel Moreno y Doña Rosalía González, eran personas acomodadas, propietarias de varias fincas rurales, entre las que se contaban esa misma hacienda de la Daga, donde vivió casi siempre Don Pedro y donde contrajo matrimonio en 1779. Moreno se dedicó á las labores del campo y cuando estalló la revolución de Dolores no cambió su vida tranquila, a

pesar de que no ocultó sus simpatías por la causa de la Independencia, que se había proclamado; motivos poderosos y que aún no se conocen deben haber influido en su ánimo para no lanzarse inmediatamente a la lucha, como lo hizo algunos años después. Las peripecias de la guerra y el hogar que iba recibiendo las bendiciones del cielo en la forma de herederos de aquel terrateniente, lo determinaron a establecer su domicilio en la Villa de Lagos, donde vivía desde hacía varios años, hasta 1814, y de la que en una época fué Regidor.

A principios de ese año se retiró a su hacienda de la Sauceda, donde seguido de algunos de sus amigos y de sus sirvientes, a quienes había armado, se declaró resueltamente por la causa nacional; inmediatamente empezó a ser perseguido por el Comandante Don Hermenegildo Revuelta, con suerte varia. En un país como aquel, tan poco accidentado si se le compara con Michoacán, era difícil que se sostuviese la Insurrección si no recurría al arbitrio de buscar un sitio a propósito para atrincherarse; comprendiéndolo así Moreno exploró la sierra de Comanja, y encontrando a propósito el cerro del Sombrero para su proyecto, lo fortificó: levántase ese monte unos trescientos cincuenta metros sobre la llanura, y en su cima tiene una pequeña explanada de unos quinientos pasos de N. a S.; por el Norte se enlaza con una serie de pequeñas colinas por medio de un estrecho paso entre precipicios y por el cual corre un sendero que fácilmente se puede hacer infranqueable; por los otros vientos los rodean grandes barrancos ó un declive muy rápido y una bajada áspera y difícil; tiene, sin embargo, el defecto de estar dominado por el Norte por una eminencia muy cercana.

En esa fortaleza, después de hechas las obras de fortificación necesarias para cerrar los puntos de entrada y enfilear los senderos que llevan a ella, se estableció Moreno y consiguió en diferentes ocasiones rechazar los ataques de Brilanti y de otros jefes realistas. Una de las acciones más notables fué la dada contra Monsalve en Mayo de 1816, cuando lograron reunirse nu-

merosas partidas de insurgentes en todo el Bajío: creyendo Monsalve fácil empresa apoderarse de Comanja después del éxito que había tenido en San Pedro, atacó la fortaleza, pero fué rechazado de ella sufriendo considerables pérdidas. La presencia del padre Torres en el cercano cerro de los Remedios, que á su turno había fortificado; sirvió mucho para hacer más sólida la posición de Moreno en el del Sombrero, no obstante que cada día, materialmente iba viéndose más abatida la revolución.

El año de 1817, cuando Tehuacán, Cópoco, Monteblanco, Boquilla de Piedra y otros puntos, habían caído en poder de los realistas y la revolución había acabado del todo en Oriente, aún quedaban en pie los Remedios y el Sombrero, que dieron asilo y elementos á Mina para seguir su admirable epopeya, y del segundo salían partidas que expedicionaban hasta Zacatecas. En los últimos días de Junio de ese año tuvo noticia Mina, por la partida de Nava, del fuerte del Sombrero y de su Comandante y sin dilación envió á un oficial á saludar á Don Pedro Moreno; la respuesta fué una invitación para que Don Francisco Javier Mina llegase al fuerte, como lo verificó el día 24, siendo perfectamente recibido, pues hasta allí había llegado la noticia de sus hazañas. Desde ese momento se unieron los dos cabecillas y Moreno con una abnegación y un desinterés verdaderamente laudables, puso todos sus elementos á disposición de Mina, que el 28 del mismo mes salió á combatir á Ordóñez y demostró, con la completa victoria que obtuvo, que los mexicanos lo único que necesitaban eran buenos jefes que los llevasen al combate, pues su valor suplía á todo lo demás, aun á la falta de armas; en las guerras posteriores ha quedado evidenciado esto de una manera patente: en ocho minutos se decidió la acción, pereciendo los dos jefes españoles, Ordóñez y Castañón; 339 realistas quedaron en el campo y se hicieron 220 prisioneros y apenas pudieron escapar 150 jinetes; 500 fusiles, dos cañones, muchas municiones y uniformes, fueron el trofeo de

la victoria. En esa acción fué en la que los artilleros realistas no teniendo á mano balas de cañón cargaron los suyos con pedres duros.

La victoria se celebró con salvas y regocijos, los prisioneros quedaron libres y Moreno, unido desde entonces á Mina, lo acompañó á otras expediciones, como á la de la hacienda del Jaral, en la que los insurgentes se hicieron de \$140,000. Un mes poco más ó menos pasó de estos sucesos hasta la llegada de la división de Liñán, tiempo que se empleó en reforzar las defensas del fuerte. El 31 de Julio empezó el sitio formal el jefe español con una división de más de tres mil quinientos hombres, que desde luego rompieron el fuego de cañón y que intentaron el asalto el 4 de Agosto, siendo rechazado; Mina salió la noche del 8 con intención de introducir víveres, pero no pudo conseguir su objeto y los sufrimientos que pasaron los sitiados, sobre todo por la falta de agua, fueron grandes: los oficiales extranjeros trataron de capitular, pero como se les dijese que sólo se admitía que se rindieran á discreción, determinaron salir del Sombrero: Moreno fué puesto al tanto de la situación y sus oficiales contestaron que aún podían defenderse y que ellos se sostendrían sin necesidad de los norteamericanos; estas palabras ofendieron sobremanera al Mayor Young, quien protestó que defendería el fuerte hasta el último extremo y moriría antes que rendirse.

Pero la defensa era ya imposible, y aunque los sitiados rechazaron el día 15 un ataque en el que pelearon hasta las mujeres insurgentes y causaron serias pérdidas al enemigo, no se podía ya materialmente continuar allí, pues no había víveres y los cadáveres insepultos hacían irrespirable el aire. Resuelta la salida fueron clavados los cañones, destruidas las armas que no se podían llevar y enterrado el dinero que quedaba. A las once de la noche del 19 de Agosto fué la salida, que, descubierta por los realistas, dió lugar á una escena de sangre y horror que la pluma se niega á describir; los que no murieron en la salida y

cayeron prisioneros fueron fusilados en número de doscientos, al día siguiente. Moreno, Ortiz y muchos jefes consiguieron escapar desde antes, pero las esposas de Don Pedro y de otros cayeron prisioneras, las fortificaciones del Sombrero fueron arrasadas y se empezó el sitio de los Remedios.

Moreno se separó de Mina para reunir alguna gente de caballería, como lo hizo, y á mediados de Septiembre se volvió á unir con él; tomó parte en la desgraciada acción de la Caja, pero no en el asalto de Guanajuato. Retirado Mina al rancho del Venadito, llegó Moreno con unos cuantos caballos, y ambos jefes creyeron que podían descansar con tranquilidad cuando al amanecer del 24 de Octubre fueron sorprendidos por Orantía; Moreno, que era de estatura colosal y de gran fuerza, por lo que le decían "El Toro," murió heroicamente defendiéndose de un crecido número de contrarios. Mina quedó prisionero ese día y á poco fué fusilado.

Don Pedro Moreno fué declarado benemérito de la patria en grado heroico por el Congreso de 1823, y su cuerpo descansa en el altar de Señor San José en la Catedral de México, al lado de los de los primeros caudillos de la Independencia.



DOÑA RITA PEREZ DE MORENO

La esposa del insurgente Don Pedro Moreno, tan poco conocida hasta hoy, ocupa, sin embargo, un lugar distinguido en la historia de la guerra de emancipación de México.

Nació el 23 de Mayo de 1779, y en la pila bautismal recibió los nombres de María Rita de la Trinidad; fué hija legítima de Don José María Pérez Franco y de Doña Rafaela Jiménez; vió la primera luz en la Cañada del Cura, punto cercano á la Villa de Lagos y que hoy lleva el nombre de Cañada de los Pérez; sus padres eran personas acomodadas y muy estimadas en la sociedad laguense. No cumplía aún veinte años cuando contrajo matrimonio con Don Pedro Moreno y González, el 10. de Mayo de 1799 en la misma hacienda de la Cañada; los nuevos esposos establecieron su hogar en Lagos y vieron correr tranquilos y felices los primeros años de su matrimonio.

Cuando en 1814 Don Pedro resolvió lanzarse á la revolución, escribió á Doña Rita desde la hacienda de la Saucedá, haciéndole presente su resolución y para decirle que "ella era libre en conciencia para seguirlo ó para quedarse con sus hijos en Lagos ó en San Juan de los Lagos al lado de su madre;" la señora, que conocía el ánimo resuelto de su marido, no perdió el tiempo en quererlo disuadir de la resolución que había tomado, y en cuanto á ella, declaró sin vacilar que con sus cuatro hijos corre-

ría la misma suerte que su marido, y para demostrar que á la resolución seguían las obras, fuese á la hacienda de la Saucedá, donde se encontraba Don Pedro, y se halló en el pronunciamiento de éste.

La campaña de Moreno duró tres años seis meses y tuvo por teatro las escabrosas sierras de Guanajuato y de Comanja, especialmente esta última, donde el patriota insurgente estableció una fortaleza en el cerro del Sombrero, que tanta celebridad tiene desde entonces en las páginas de nuestra historia. Doña Rita acompañó en todo ese tiempo á su esposo, sujeta á todas las vicisitudes de la guerra, y aunque nunca se le vió que empuñara las armas, ocupando, como su esposo, los lugares más peligrosos del combate, estuvo siempre rodeada de inminentes peligros, luchando sin cesar en favor de la Independencia, con la inteligencia y el corazón, ora dando voces de aliento á los combatientes, ora curando las heridas de los soldados, ora proporcionando toda clase de auxilios á los moribundos, y en todo caso comunicando á todos los que la rodeaban la constancia, la paciencia, la abnegación y el valor de que ella misma era un ejemplo vivo en las grandes contrariedades que se le presentaban.

Viendo Don Pedro y Doña Rita que su hija Guadalupe no podía estar sujeta á tantos sufrimientos, por motivo de su pequeña edad, (contaba poco más de dos años), resolvieron ponerla bajo la custodia del padre Don Ignacio Bravo, que vivía en la hacienda de "Cañada Grande." Algún tiempo después el expresado sacerdote fué reducido á prisión y la niña estuvo á punto de ser decapitada por un sanguinario realista; pero un compañero de éste, Don José Brillantí, Comandante de una guarnición de "Los Panzas," se apladó de ella y la retuvo en calidad de prisionera por espacio de mucho tiempo, sin que pudiera recuperarla Doña Rita, sino después de muchos años.

En cierta ocasión en que Moreno tenía en su poder varios prisioneros realistas, el Comandante Revuelta le propuso que fueran canjeados por la niña Guadalupe. Moreno no aceptó la proposición, á la cual

no opuso ninguna súplica la señora Doña Rita, cuyas maternales entrañas naturalmente tenían que manifestarse interesadas en que se efectuara el canje; así como tampoco manifestó empeño alguno en que su esposo aceptara el indulto que para él, la familia y todos los suyos le mandó ofrecer expresamente el Brigadier Don José de la Cruz, por medio del padre Vega, cuando este señor penetró con ese exclusivo objeto á la fortaleza del Sombrero.

Los cuantiosos bienes de fortuna que poseía el héroe laguense, consistentes en las haciendas de "La Saucedá" y "Matanzas," el rancho de "Coyotes" una casa en Lagos y mucho semoviente, fueron decomisados por el gobierno virreinal, lo que indudablemente fué una herida para el corazón de Doña Rita Pérez que con aquél acto se veía reducida á la miseria, lo mismo que sus hijos, los cuales se verían privados de la herencia que justamente les correspondía.

Otro golpe, y mucho más terrible que los anteriores, fué para la señora Pérez de Moreno la trágica muerte de su hijo Luis, joven de 15 años, que murió combatiendo en la acción "La Mesa de los Caballos," con un valor semejante al de su padre." Todavía el destino tenía reservados grandes reveses y atroces sufrimientos para la célebre matrona que, por haber aceptado causa tan arriesgada como noble, tendría que apurar hasta las heces la copa del dolor por la independencia de la Patria. A fines de Julio de 1817 el brigadier Don Pascual Liñán puso sitio al fuerte de "El Sombrero" con un ejército numeroso, bien disciplinado, muy bien armado y provisto de lo necesario para el feliz término de la campaña. Los 1700 insurgentes encerrados en aquel estrecho recinto se batieron heroicamente y rechazaron al enemigo en los varios asaltos en que éste estuvo á punto de franquear las murallas; pero diezmados por las balas, heridos un gran número de ellos, respirando una atmósfera corrompida y envenenada por las emanaciones de más de 400 cadáveres insepultos; desfallecidos por el hambre, la sed, el cansancio y el insomnio; agotada toda esperanza de triunfo, con la seguridad de que no

recibirían ningún auxilio de los demás insurgentes, pues varios habían sido los esfuerzos de Mina y del Padre Torres para introducir víveres al fuerte; cuando "los niños, las mujeres y los hombres débiles, como dice Orozco y Berra, habían perdido la fuerza y el sentido;" cuando "unos lloraban y los otros sin vigor para mantener las armas, corrían á todas partes, como insensatos;" cuando la defensa del fuerte no podía absolutamente prolongarse, resolvieron romper el sitio, fijando para llevar á cabo esa peligrosísima resolución, la noche comprendida entre el 19 y el 20 de Agosto. ¡Y en medio de ese campo de horror y de exterminio, de lágrimas y de sangre, que la guerra y el infortunio envolvieron con el fúnebre manto de la muerte por espacio de 20 días; aparecía siempre llena de una paciencia, de una abnegación y de un valor nada comunes en su sexo, la célebre matrona Doña Rita, que, á pesar de encontrarse en estado interesante, se olvidaba de sí misma y de sus hijos, para curar á los heridos, para auxiliar á los moribundos, para enjugar las lágrimas de tantos miserables!

La salida se efectuó como á la media noche, con tan mal éxito, que el ejército realista se dió cuenta del movimiento con la oportunidad necesaria para herir á muchos de los insurgentes, matar un buen número de ellos, y hacer prisioneros á la mayor parte, pudiendo atravesar las filas enemigas y quedar ilesos unos cuantos, entre los que no se contaba Moreno. Doña Rita y sus hijos, ante la imposibilidad de atravesar aquel anillo de hierro que los rodeaba, retrocedieron al fuerte. "Al tiempo de la ocupación del Sombrero, dice Rivera, Doña Rita tenía otros dos niños, que habían nacido durante la campaña: Severiano, de dos años seis meses, y Pudenciano, que tenía un año y un mes. La señora estaba en estado interesante. En la mañana del 20 de Agosto, cuando el ejército de Liñán comenzó á subir á la cumbre del Sombrero precedido por las trompetas, la matrona sentada en su casa, con sus cuatro hijos, dos criados y dos criadas, esperaba con ánimo varonil el destino de la Providencia. Un oficial se presentó á

Doña Rita y le dijo que de orden de Liñán le siguiera con todos los que con ella estaban, y condujo á todos á un "jacal," que estaba en la Mesa de las Tablas, en donde estuvieron tres días, vigilados por un centinela. En la tarde del 22, de orden de Liñán un Oficial Castillo condujo á Doña Rita y á todos los mencionados, para León. Todos iban á pie, á excepción de los soldados, que iban á caballo, la niña Luisa en los brazos de una criada, y Severiano y Pudenciana en los brazos de los soldados." Al llegar á la ciudad fueron conducidos á la cárcel pública, donde Doña Rita, sus cuatro hijos y sus dos criadas ocuparon una sala de escasa luz y de muy mala ventilación, que servía de capilla para los sentenciados á muerte.

"A consecuencia de los muchos padecimientos físicos y morales, agrega el citado escritor, al día siguiente de haber llegado á Silao murió la niña Pudenciana. A los dos días abortó Doña Rita. Al día siguiente recibió esta señora la orden de ser conducida á México para ser juzgada. Ella y Pasos contestaron que no se podía, por el estado de enfermedad y postración en que se hallaba. Creyóse que era ficción: vinieron dos médicos del ejército, la examinaron y dieron una certificación en forma de la realidad del hecho. A los dos días murió Severiano, que era la esperanza y el dulce alivio del pobre corazón de su madre, dejándola sumida en el dolor."

Cuando Doña Rita estaba en la prisión, fué cuando Don Pedro comprendió que necesitaba consolarla, y le escribió una carta, de donde tomamos éstas palabras, que la Historia ha recogido: "Un fondo de sufrimiento y de conformidad vale un mayorazgo, y es la única felicidad de que se puede disfrutar en la turbulenta época que nos ha tocado; ármate de tan fuerte escudo, y todo será para tí llevadero." En fin, fué tan crítica y tan aflictiva la situación de Doña Rita en la prisión, que al tener conocimiento Don Pedro de los grandes sufrimientos que laceraban el corazón de su esforzada esposa, se afigió sobremanera; y así se explica que aquél famoso guerrero que guardaba tanta serenidad en el combate, manifestando

en todas partes un valor temerario, no haya podido contener las lágrimas, al saber la suerte que corría su infortunada esposa.

Pasaron algunas semanas, y entonces, para colmo de su dolor, tuvo la funesta noticia de que su esposo había muerto á manos de los realistas, los cuales habían mandado colocar la cabeza del célebre insurgente á orillas de Lagos, en la parte superior de una asta de madera.

La señora Pérez viuda de Moreno estuvo presa hasta Junio de 1819, tiempo en que fué á establecerse á la población de San Juan de los Lagos. Habitó la casa que heredó de sus padres (calle actual de México, núm. 21) hasta su muerte, la cual acaeció el 27 de Agosto de 1861.

Los vecinos de Lagos tratan, de que con motivo del Centenario, sea declarada Doña Rita, Benemérita del Estado de Jalisco, que se coloque una lápida en la calle donde vivió y que los restos de aquélla se depositen en un mausoleo; muy justas nos parecen éstas pretensiones encaminadas á honrar la memoria de la Excelentísima Generala Moreno como se la llamaba en aquella población.



EL PADRE D. JOSE ANTONIO TORRES.

Dilatada y azarosa fué la carrera de éste célebre insurgente que ha pasado á la leyenda y cuyas hazañas aún son repetidas en Michoacán y Guanajuato, adulteradas por la imaginación popular.

Nació en el pueblo de Cocupao, cercano á Valladolid por el año de 1770, de personas de pocos bienes, aunque con los suficientes para proporcionar á su hijo los elementos necesarios para dedicarse á la carrera de sacerdote, que fué elegida por aquéllos, sin tener probablemente en cuenta, la vocación del joven Torres. Hizo sus estudios con escaso aprovechamiento, pues según afirma Alamán, apenas entendía el oficio divino; destinado á administrar la Vicaría fija de Cuitzeo del Porvenir cuando dió principio la revolución, inmediatamente tomó parte en ella unido á Albino García, al que consideraba como su superior por el grado que tenía y por el mayor número de gente que mandaba.

Reunió una partida regular de gente, lo que era muy fácil en aquellos días, y con ella se lanzó al campo, expedicionando desde entonces por la provincia de Michoacán y algunas veces por la de Guanajuato, en el rumbo de Pénjamo y Valle de Santiago. Ya se cita su nombre en el asalto que sufrió Valladolid el 2 de Junio de 1811, sin embargo, mientras vivió Albino ninguna expedición hizo por su cuenta y después de la muerte de éste guerrillero permaneció durante largo tiempo en la inacción y apenas se men-